

to, tan atormentado por el pesar, que se halló en la colina sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí. La noche, de un azul sombrío tachonado de estrellas, era pesada y calurosa. En el aire inmóvil sentíase nuevamente la proximidad, el paso por allí cerca de alguna tempestad de la cual sólo se veían allá á lo lejos hacia el Este algunos relámpagos. Al levantar la cabeza un momento, vió á su izquierda centenares de ojos fosforescentes que brillaban semejantes á las luces de las bujías, y que se volvían hacia él sin duda al ruido de sus pasos. Eran los carneros encerrados en un aprisco, por el lado del cual pasaba en aquel momento.

Oyóse la voz cascada del tío Soulas.

—¿Qué hay, muchacho?

Los perros, echados en el suelo, no se habían movido al oler á uno de la granja. El chicuelo que acompañaba al tío Soulas, arrastrado fuera de la cabaña por el excesivo calor, dormía tranquilamente en un surco. Y solamente el pastor permanecía de pie en medio de la llanura y envuelto en las tinieblas.

Sin detenerse siquiera, Juan contestó:

—Ha dicho que si le he hecho una barriga, veremos.

Ya había pasado del aprisco, cuando llegó á sus oídos esta respuesta del tío Soulas, que le pareció una sentencia en medio del silencio profundo de la noche:

—Y tiene razón; hay que esperar.

Juan continuó su camino. La Beauce se extendía hasta el infinito, abrumada por pesado sueño. Se comprendía su muda desolación, y sus rastros

jos quemados y su tierra destrozada y cocida, en el olor á pavesa y en el cantar de los grillos que chillaban como ascuas entre las cenizas.

## II.

Al día siguiente Fouan fué á instalarse en casa de los Buteau. La mudanza no trastornó á nadie; todo se redujo á trasladar dos líos muy grandes que el viejo quiso llevar él mismo, y con los cuales hizo dos viajes. En vano los Delhomme quisieron provocar una explicación. El anciano se fué sin costarles palabra.

En casa de Buteau le dieron la habitación grande del piso bajo que había al lado de la cocina, la cual hasta entonces sólo había servido para guardar patatas y el pienso de las vacas. Lo peor era que no tenía más luz que la que entraba por un ventanuco abierto á dos metros de altura. Y el suelo de tierra apisonada, los montones de legumbres, los desperdicios tirados por los rincones, producían allí una humedad que se transformaba en lágrimas amarillentas que resbalaban silenciosamente por el sucio encalado de las paredes desnudas. Además, dejaron todo aquello allí; no arreglaron más que un ángulo para colocar en él una cama de hierro, una silla y una mesa de pino blanco. El viejo se dió por muy satisfecho.

Buteau había triunfado. Desde que Fouan vivía con Delhomme y su mujer, rabiaba de envidia porque no ignoraba lo que se decía por Rognes; esto es, que los Delhomme podía mantener á su padre en tanto que los Buteau ¡qué demonio! no tenían

con qué. Así es que al principio le hacía comer mucho para que engordase, á fin de demostrar que en su casa no se moría nadie de hambre. Y además tenía los ciento veinte francos de renta procedentes de la venta de la casa, que el padre de seguro dejaría al hijo que lo tuviese consigo cuando muriera. Por otra parte, ahora que Delhomme no le tenía ya en su casa, sin duda volvería á pagarle su parte de la renta anual, doscientos francos, lo cual hizo en efecto. Buteau contaba con aquellos doscientos francos. Lo había calculado todo y se había dicho que tendría la gloria de ser un buen hijo, sin sacar nada de su bolsillo y con la esperanza de verse recompensado á su tiempo; todo esto sin hablar de los ahorros que suponía al viejo, por más que nunca había podido asegurarse de si en efecto los tenía.

Para Fouan fué aquello una verdadera luna de miel. Le festejaban, le enseñaban á los vecinos: ¡eh! ¡cómo se le conocía que estaba bien tratado y que era feliz! Los pequeños Laura y Julio, siempre en sus rodillas, lo ocupaban é iban apoderándose de su corazón. Pero sobre todo sentíase feliz viéndose volver á sus manías de viejo y viéndose libre y haciendo lo que le daba la gana en aquella casa. Aunque limpia y cuidada, Elisa no tenía los refinamientos ni las susceptibilidades de Fanny, y el viejo podía escupir en todas partes, salir y entrar, comer cuando se le antojaba, siguiendo esa costumbre del labriego que no sabe pasar por delante de un pan sin cortarle un pedazo. Así transcurrieron tres meses; llegaron á Diciembre; los grandes fríos helaban el agua del puchero que dejaba á los piés de la cama para lavarse; pero no

se quejaba ni de eso ni de que el deshielo llenase de agua las paredes de su cuarto como si lloviese dentro de la habitación. Todo aquello lo encontraba natural, porque siempre había vivido de aquella manera.

Con tal de no carecer de tabaco y café, con tal de que no le fastidiasen, decía él que ni el rey podía comparársele.

Lo que empezó á echar á perder las cosas fué que una mañana de sol muy claro, al entrar á su cuarto en busca de una pipa, cuando ya creían que se había ido á la calle, Fouan se encontró á Buteau tratando de tumbar á Francisca sobre un montón de patatas.

La muchacha, que se defendía con rudeza, sin decir una palabra, se levantó y se marchó después de haber cogido lo que había venido á buscar para sus vacas; y el viejo, al quedarse solo con su hijo, comenzó á reprenderle.

—¡Indecente, con esa chiquilla y al lado de tu mujer!..... ¡Bien he visto que ella no quería!

Pero Buteau, sofocado todavía y con el rostro encendido, no admitió aquellas reconvenções.

—¿Y para qué os metéis en lo que no os importa? ¡Haceos el desentendido, ó esto acabará mal!

Desde el parto de Elisa y la lucha con Juan, Buteau perseguía con más ahinco á Francisca. Había esperado á que se le afirmase el brazo roto, y saltaba sobre ella en todos los rincones de la casa, seguro de que si una vez la poseía, sería suya siempre que quisiera. ¿No era aquella la mejor manera de impedir su matrimonio y de conservar la muchacha y su tierra? Aquellas dos pasiones se con-

fundían: el empeño de no soltar nada de lo que poseía, la posesión furiosa de aquel campo, y el ansia no satisfecha del macho estimulado por la hembra. Su mujer se ponía enormemente gorda y siempre andaba con la pequeña Laura colgada de sus tetas; mientras que la otra tenía las carnes muy frescas y los pechos elásticos y duros. Por lo demás, no despreciaba á ninguna: las dos le gustaban, cada una en su género, una blanda y otra dura. Era bastante buen gallo para dos gallinas, y soñaba con una vida de pachá, cuidada, acariciada, nadando en placeres. ¿Por qué no casarse con las dos hermanas, si ellas consentían? ¡Aquel sería un verdadero medio de estrechar la amistad y de evitar la partición de bienes que le espantaba como si fuera la amenaza de cortarle algún miembro!

Y por esto, en el establo, en la cocina, en todas partes donde se encontraban solos un minuto, el ataque y la defensa bruscos, Buteau echándose encima y Francisca pateándolo. Y siempre la misma escena violenta y corta; él metiéndola mano por debajo de las faldas y cogiéndola un puñado de piel y crines, como á una bestia á quien se quiere montar; ella con los dientes apretados y los ojos cerrados, obligándole á soltarla, de un tremendo puñetazo entre las piernas. Y ni una palabra, nada más que su aliento abrasado, la respiración ahogada, el ruido amortiguado de la lucha; él contenía un grito de dolor, y ella se bajaba las faldas y se iba suspirando, con el bajo vientre dolorido, guardando la sensación de aquellos cinco dedos que la atenaceaban. Y esto, estando Elisa en la habitación de al lado, y aun en la misma pieza, vuelta de es-

paldas, colocando ropa en un armario, como si la presencia de su mujer le hubiera excitado, seguro del silencio orgulloso y obstinado de la muchacha.

Sin embargo, desde el día en que el tío Fouan le había sorprendido encima de las patatas, estallaban frecuentemente disputas. Había dicho la cosa claramente á Elisa para que ella impidiese á su marido volver á las andadas; y ésta, después de haberse quejado de que se mezclasen en sus asuntos, la emprendió con su hermana: ¡tanto peor para ella si gustaba á los hombres, que todos eran unos cochinos! Por la noche, sin embargo, dijo tales cosas á su marido, que á la mañana siguiente salió de su alcoba con un ojo hinchado á consecuencia de un puñetazo perdido durante la explicación. Desde aquel momento no cesaron las cuestiones: siempre había dos peleándose, ó el marido y la mujer, ó la cuñada y el marido, ó hermana con hermana, cuando no eran los tres á la vez.

Entonces fué cuando se agravó el odio lento, inconsciente, entre Elisa y Francisca. La ternura de otros tiempos se había convertido en un rencor sin razón aparente, que las hacía chocar desde la mañana hasta la noche. En el fondo la única causa era el hombre, aquel Buteau caído como un fermento destructor. Francisca, en la turbación con que él la exasperaba, habría sucumbido hacia mucho tiempo, si su voluntad no se hubiera puesto en guardia contra el desco de dejarse hacer cada vez que él la tocaba. Castigábase duramente, obstinada en la sencilla idea de lo justo, de no dar nada ella, ni tomar nada á los demás; y su cólera nacía de sentirse celosa, de execrar á su hermana porque ésta poseía á aquel hombre. Cuando él la perse-

gufa, desabrochado, con el vientre al aire, ella arañaba furiosamente aquellas desnudeces de macho y lo enviaba á su mujer: aquello era como un consuelo para sus deseos combatidos, como si ella hubiera arañado el rostro á su hermana en el desprecio doloroso de un placer de que ella no gozaba. Elisa no sentía celos, segura de que Buteau se vanagloriaba de que poseía á las dos; no porque lo creyera incapaz de ello, sino porque estaba convencida de que la pequeña, con su orgullo, no cedería. Lo que ella únicamente quería era que sus desaires no convirtiesen la casa en un verdadero infierno. Cuanto más engordaba, más indiferente se hacía, dichosa de vivir con una alegría egoísta. ¡Era posible que se desafiase la suerte, que se turbase la existencia, cuando se tenía todo lo necesario para estar contenta! ¡Ah! ¡la pícara chiquilla, cuyo mal carácter era la única causa de todo!

Todas las noches, al acostarse, decía á Buteau:

—Es mi hermana; pero que no vuelva á comenzar, ó te la pongo en la calle.

El no la hacía caso.

—¡Buen golpe estaría! Toda la comarca la emprendería con nosotros..... ¡Al diablo las hembras! Yo soy el que os va á echar juntas á un pantano para que os pongáis de acuerdo.

Pasaron dos meses, y Elisa seguía tan fuera de sí, que habría puesto dos veces azúcar á su café, como ella decía, sin encontrarlo bueno. Los días en que su hermana había rechazado un nuevo ataque de su marido, lo adivinaba en una recrudescencia de mal humor; de tal suerte que vivía ahora temiendo siempre brutalidades de Buteau cuando lo veía salir detrás de Francisca, segura de verlo

reaparecer pegando con todo. Aquellos días eran terribles, y no se lo perdonaba á aquella terca que no encontraba medio para arreglar las cosas.

Un día, sobre todos, fué terrible. Buteau, que había bajado á la cueva con Francisca para sacar sidra, subió tan furioso, que por una tontería tiró su plato contra la pared y se marchó, dando á Elisa una bofetada capaz de tirar por tierra á un toro.

Levantóse ésta llorando y echando sangre, con la cara hinchada. Y emprendiéndola con su hermana, exclamó:

—¡Tunanta! duerme con él de una vez..... ó me voy si te obstinas en que me pegue.

Francisca la escuchaba pálida y espantada.

—¡Como nos oye Dios, que prefiero esto!..... Así estaremos en paz acaso.

Cayó sobre una silla sollozando, y su aflicción indicaba que su único deseo era vivir tranquila, aun á costa de aquello. Si á ella se le reservaba una parte, lo demás le importaba poco. Y sobre este punto se imaginaba tonterías, como si se tratara del pan. ¿Por qué no había de haber un acuerdo para no turbar la paz de la familia?

—Veamos: ¿por qué no quieres?

Sublevada ante aquella idea, Francisca no encontró más que este grito de cólera:

—¡Me das más asco que él!

Y se fué á llorar al establo al lado de la Coliche, que la miraba cariñosamente. Lo que la indignaba no era la cosa en sí misma; eran aquellas complacencias, el adulterio tolerado, la paz del matrimonio. Si ella hubiera tenido un hombre suyo, jamás lo habría cedido por nada del mundo. Su odio contra su hermana se convirtió en despre-

cio, y se juró que antes se dejaría desollar que consentir.

Desde aquel día la vida se hizo insoportable.

Francisca se convirtió en la bestia de la casa. Quedó rebajada al papel de criada; se le confiaban los trabajos más penosos, se la reñía por todo y se la martirizaba. Elisa no la toleraba ni una hora de distracción; la hacía levantar antes de ser de día, y por las noches la tenía ocupada hasta tan tarde, que con frecuencia la desdichada se dormía sin tener alientos para desnudarse. Buteau la martirizaba con sus bromas, golpeándole las caderas, pellizcándole los muslos, con toda suerte de feroces caricias, que le hacían sangre y le arrancaban lágrimas. Tenía el cuerpo amoratado, lleno de arañazos y de contusiones. Delante de su hermana hacía uso de todo su valor para no estremecerse siquiera, para negarlo todo, como si los dedos del hombre no le dejasen señales en la piel. Algunas veces, sin embargo, no era dueña de sí y contestaba con una bofetada, y entonces se enredaban verdaderas batallas. Buteau la agarraba, y Elisa, con pretexto de separarlos, los golpeaba á los dos. La pequeña Laura y su hermano se ponían á gritar, y los perros de la vecindad ladraban. Los vecinos, llenos de lástima, decían que no sabían cómo aquella pobre criatura tenía gusto en seguir en aquel presidio.

Aquello era, en efecto, el asombro de Rognes. ¿Por qué no se escapaba Francisca? Los maliciosos movían la cabeza: todavía no era mayor de edad, y tenía que esperar diez y ocho meses; y marcharse sin poder tomar lo suyo, era cosa que debía pensarse. ¡Y si el tío Fouan, su tutor, la hu-

hiera defendido! Pero él también estaba mal en casa de su hijo. Tenía que defender su tranquilidad. Por lo demás, la muchacha le prohibía que se mezclase en sus asuntos, con una bravura y una fiereza como de quien no cuenta más que consigo mismo.

Siempre concluían las cuestiones con las mismas injurias:

—¡Pues véte!

—Si, eso quisierais..... Otras veces era yo tan tonta, que quería marcharme..... Ahora, podéis matarme, pero no me voy. Espero lo que es mío; quiero la tierra y la casa, y las tendré, sí.

El temor de Buteau durante los primeros meses fué que Francisca estuviera embarazada de Juan. Desde que los había sorprendido, calculaba los días y la vigilaba de reajo, inquieto por su vientre, porque la venida de un chiquillo lo habría comprometido todo, exigiendo un matrimonio. Ella, tranquila, sabía que no podía estar embarazada. Pero cuando notó el interés con que él la miraba el talle, divertíase sacando la tripa para hacerle creer que se inflaba. Ahora, cuando él la cogía, sentía ella que él la palpaba allí y que la media con sus dedazos, y acabó por decirle como provocándole:

—¡Sí, aquí hay algo! ¡Y se mueve!

Una mañana hasta cogió unas rodillas y se las rodeó al talle. Pero temió que aquella noche la asesinase, sobrecogiéndola un gran terror ante las miradas que él la echaba, segura de que si ella hubiera tenido un chiquillo en el vientre, el bruto le habría dado algún golpe para matarlo. Dejó á un lado las bromas. Por otra parte, alguna vez le sor-

prendió en su alcoba examinando su ropa sucia para asegurarse de su estado.

—¿Por qué no haces un chiquillo?— le dijo él con sorna.

Y ella le contestó pálida de rabia:

—¡Si no lo hago es porque no quiero!

Y era verdad, porque se negaba á Juan obstinadamente.

Buteau la emprendió con el enamorado.

—¡Vaya un macho! ¿Está tan podrido que no puede hacer un hijo? Le rompía un brazo á un hombre á traición, pero no era capaz de dejar preñada á una mujer.

Desde entonces persiguió á Francisca con alusiones de la peor especie.

Cuando Juan supo cómo le trataba Buteau, dijo que le iba á cortar el cuello; espiaba constantemente á Francisca, suplicándola que cediera: ya verían si él podía hacer un hijo, ¡y bien grande! Pero ella encontraba siempre una nueva excusa ante el disgusto que le producía la idea de volver á comenzar con aquel hombre. No le aborrecía; era sencillamente que no le gustaba, y era menester que no lo deseara nada para no entregársele cuando caía entre sus brazos, furiosa todavía y excitada por un ataque de Buteau. ¡Ah! ¡el cochino! Y no hablaba más que de aquel cochino, apasionada, excitada y enfriada desde el punto en que el otro quería aprovechar la ocasión y poseerla. No, no, aquello le daba vergüenza. Un día, muy estrechada, lo aplazó para después, para la noche de su boda.

Era la primera vez que se comprometía, porque hasta entonces había evitado responder claramente

cuando él solicitaba su mano. Desde entonces fué cosa convenida: se casarían, pero cuando ella fuese mayor de edad, cuando fuese dueña de lo suyo y pudiera pedir cuentas. Estas razones le impresionaron y le encargó que tuviera paciencia, dejando de atormentarla, menos en los momentos en que le acudía la idea de aquellas bromas. Ella, consolada, tranquilizada por lo vago de aquella lejana contingencia, se contentaba con cogerle las manos para contenerle, mirándole con sus lindos ojos suplicantes, con el aire de mujer susceptible que no desea arriesgarse á tener un hijo más que de su marido.

Sin embargo, Buteau, desde que quedó seguro de que no estaba embarazada, tuvo otro temor: el de que lo quedase si volvía á encontrarse con Juan. Seguía provocándolo, y temblaba porque por todas partes le decían que aquel juraba que llenaría á Francisca hasta los ojos, como jamás había sido llenada mujer alguna.

Por esto, ahora la vigilaba desde la mañana hasta la noche, exigiéndole cuenta del empleo de su tiempo, teniéndola siempre bajo la amenaza del látigo como á un animal doméstico; aquel era un nuevo suplicio, sintiendo siempre á su cuñado pegado á sus faldas, no pudiendo ir ni aun al excusado sin encontrar un ojo que la espiase. Por la noche la encerraba en su cuarto; hasta una noche, después de una disputa, había encontrado su ventana cerrada con una cadena. Cuando lograba escaparse, había á su vuelta terribles escenas, interrogatorios repugnantes, algunas veces registros, sujetándola el marido por los hombros, mientras que la mujer medio la desnudaba para

examinarla. Así fueron aproximándola á Juan, y llegó hasta darle citas, dichosa por desafiar á los otros. Acaso habría al fin cedido, si ellos hubieran estado allí cerca para verlo. De todos modos acabó de prometerse, y jurando por lo más sagrado que Buteau mentía cuando decía que dormía con las dos hermanas. Juan, atormentado hasta entonces, encontrando la cosa en el fondo posible y natural, quedó convencido. Y al separarse se abrazaron como buenos amigos, de tal modo que, á partir de aquel día, ella le tomó por confidente y consejero, procurando verle á la menor alarma y no haciendo nada sin su aprobación. Él ni siquiera la tocaba, tratándola como un camarada con el que se tienen negocios comunes.

Ahora, siempre que Francisca corría á reunirse con Juan, la conversación era la misma. Ella desabrochaba violentamente su corpiño y se levantaba las faldas.

—¡Mira, mira dónde ese cochino me ha clavado las uñas!

Y él examinaba frío y decidido.

—¡Esto debe pagarse; hay que enseñarlo á los vecinos!..... La justicia estará á nuestro lado, porque tenemos razón.

—Y mi hermana sería capaz de tener la luz!..... ¡Ayer, cuando él se echó sobre mí, ni siquiera se fué, cuando lo que debió hacer fué echarle por detrás un cubo de agua fría!

—Tu hermana acabará mal con ese miserable..... Todo va bien..... Como tú no quieras, él no podrá hacer nada..... Y cuanto al resto, ¿qué nos importa? Estemos de acuerdo y él se fastidirá.

El tío Fouan, aunque evitase mezclarse en ello,

estaba al tanto de todas las disputas. Si se callaba, se le obligaba á tomar partido; si salía, al volver se encontraba la casa hecha un infierno, donde su presencia reanimaba las cóleras. Hasta entonces, en realidad, no había sufrido físicamente; entonces comenzaban ya las privaciones, el pan tostado, las dulzuras suprimidas. Lo desvalijaban todos los trimestres cuando iba á Cloyes á que el señor Baillehache le diese la renta constituida sobre la venta de la casa. Francisca le quitaba algunos sueldos á su hermana para comprarle tabaco, porque también á ella la dejaban sin dinero.

El viejo se encontraba mal en la húmeda habitación en que dormía, desde que había roto un cristal de la ventana, y taparon el hueco con paja para no tener que gastar en un cristal nuevo. ¡Ah! ¡aquellos pillos de hijos, todos lo mismo! Gruñía desde la mañana hasta la noche, y sentía haber dejado á los Delhomme, desesperado de haber ido de mal en peor. Pero ocultaba aquel sentimiento y no lo denunciaba más que por palabras involuntarias, porque sabía que Fanny había dicho: «Ya vendrá papá á pedirnos de rodillas que volvamos á admitirle.» Aquello se había acabado, y siempre tendría lo que le sucedía atravesado en el alma. Antes se moriría de hambre y de rabia en casa de Buteau, que ir á humillarse á los Delhomme.

Precisamente un día en que Fouan volvía á pie de Cloyes después de haber estado en casa del notario, y que se había sentado en el fondo de un foso, Jesucristo, que andaba por allí ojeando conejos, le apercibió muy absorto y profundamente

ocupado en contar monedas de cien sueldos en su pañuelo. Se agachó, y deslizándose llegó hasta ponerse á espaldas de su padre sin hacer ruido; y allí, tendido, tuvo la sorpresa de verle guardar una gruesa suma, acaso lo menos ochenta francos: brillaron sus ojos y una sonrisa descubrió sus dientes de lobo. Pensó en una hucha. Evidentemente el viejo tenía títulos guardados, cuyos cupones cobraba todos los trimestres, aprovechando sus visitas al señor Baillehache. El primer pensamiento de Jesucristo fué llorarle para sacarle veinte francos. Pero esto le pareció mezquino, y concibió otro plan; se marchó tan silenciosamente como se había aproximado, deslizándose como una culebra; de tal modo que Fouan al volver al camino no tuvo ninguna desconfianza al encontrarlo más lejos, con el aire indiferente de un mozo que vuelve á Rogues. Hicieron juntos el camino, hablando, y el padre la emprendió con los Buteau, á los que acusaba de hacerle morir de hambre; y el hijo, enternecido, le propuso que abandonase á aquellos canallas, yéndose con él. ¿Por qué no? En su casa lo mimarían desde la mañana hasta la noche. La Trouille hacía comida para dos: pues haría para tres. ¡Y guisaba muy bien cuando había dinero!

Asombrado de la proposición, y vagamente inquieto, Fouan rehusó. No, no; no era propio de su edad ir de acá para allá, cambiando de costumbres todos los años.

—En fin, padre, os lo digo con buena voluntad; vos reflexionaréis.... De todos modos, ya sabéis que no estáis en la calle. Venid á mi casa cuando os canséis de esos perdidos.

Y Jesucristo lo dejó, perplejo, intrigado, preguntándose en qué podía gastar el viejo sus rentas, pues decididamente las tenía. Cuatro veces al año un puñado como aquel de monedas debía sumar lo menos trescientos francos. Si no los gastaba, ¿dónde los guardaba? Había que averiguarlo. ¡Buena sería la hucha!

Aquel día, un día templado y húmedo de Octubre, cuando el tío Fouan entró, Buteau quiso desvalijarlo de los treinta y siete francos cincuenta céntimos que tomaba cada trimestre desde la venta de su casa. Era cosa convenida, por otra parte, que el viejo se los diese, así como los doscientos francos anuales de los Delhomme, por su pensión. Pero aquella vez se le habían extraviado dos monedas de cien sueldos; y cuando después de registrar sus bolsillos no sacó más que veintisiete francos y medio, su hijo le trató de estafador, le acusó de haber gastado los diez francos en bebidas y en atrocidades. Sobrecogido, con la mano en su pañuelo, con el miedo de que le registraran, el padre balbuceaba explicaciones y juraba que debía haberlos perdido al sonarse. Una vez más la casa fué un infierno hasta la noche.

Lo que ponía á Buteau de un humor feroz era que había visto á Juan y á Francisca huyendo por detrás de un muro. Ésta, que había salido con el pretexto de coger hierba para las vacas, no volvía porque se sospechaba la escena que la esperaba. Cerraba la noche, y Buteau, furioso, salía á cada minuto al corral, é iba hasta el camino á espiar si aquella calentona volvía ya del macho. Juraba, soltando palabras sucias, sin ver al tío Fouan que se había sentado en el banco de piedra después de



la cuestión, respirando en la sombra el aire templado como si se estuviese en primavera.

Un ruido de zuecos sonó en la cuesta, y apareció Francisca inclinada bajo el peso de un enorme montón de hierbas que había atado con un pedazo de tela vieja. Llegaba sofocada y sudando, medio oculta por su carga.

—¡Ah! ¡voto á.....!—exclamó Buteau,—¡si crees que vas á burlarte de mí y á regodearte dos horas con tu galán, cuando tanto hay que hacer aquí!

Y la tumbó sobre la hierba que se había caído, en el mismo momento en que Elisa salía de la casa para estrangularla y diciendo:

—¡Eh! ¡ven aquí, puta, á que te ponga mi pie en el trasero!..... ¡No tienes vergüenza!

Pero Buteau había ya metido mano á la muchacha por debajo de las faldas. Su furor se convertía siempre en un acceso brusco de deseos. Mientras que la estrujaba contra la hierba, rugía, sofocado, con el rostro amoratado.

—¡Lo que es esta vez no te escapas: he de pasar yo á mi vez sobre tí..... Aunque se empeñe, voy á pasar después del otro!

Comenzó una lucha furiosa. El tío Fouan no distinguía bien en las tinieblas. Pero vió, sin embargo, á Elisa; su marido, fuera de sí, echado á un lado á cada segundo por el batir de las piernas que habían quedado libres, se agotaba en vano, saciándose de cualquier modo y en cualquier parte.

Cuando aquello acabó, Francisca, de una última sacudida, pudo desprenderse y se levantó balbuceando:

—¡Cochino, cochino, cochino! pero no has po-

vido, no te ha servido de nada..... ¡Me burlo yo de eso! ¡Jamás lo conseguirás, jamás!

Triunfaba; y cogiendo un puñado de hierba se secaba los muslos, temblándole todo el cuerpo, como si ella también se hubiera contentado un poco en su propia obstinación á negarse. Con un gesto de provocación tiró el puñado de hierbas á los pies de su hermana.

—¡Toma! ¡eso es tuyo!..... ¡Tú tienes la culpa de que yo te lo devuelva!

Elisa le tapaba la boca de una bofetada, cuando el tío Fouan, que había dejado el banco, sublevado, intervino blandiendo su bastón.

—¡Canallas, los dos! ¿queréis dejarla tranquila?..... ¡Basta ya!

Comenzaban á asomar luces en las casas de los vecinos, inquietos por aquel escándalo, y Buteau empujó apresuradamente á su padre y á la muchacha hacia la cocina, donde una luz iluminaba á Laura y á Julio, aterrados y refugiados en un rincón. Elisa entró también, sobrecogida y silenciosa desde que el viejo había salido de las sombras. Él continuó, dirigiéndose á ella:

—Tú eres muy repugnante y muy bestia..... Ya te he visto cómo mirabas.

Buteau dió un puñetazo en la mesa.

—¡Silencio!—gritó;—todo se ha acabado..... Le rompo el alma al primero que continúe.

—Y si yo quiero seguir—preguntó Fouan con la voz temblorosa—¿me romperás el alma?

—¡Á vos como á los demás!..... Ya me estáis cargando.

Francisca, arrogantemente, se interpuso entre ellos.

—Os suplico, tío mío, que no os mezcléis en esto..... Ya habéis visto que me basto yo para defenderme.

Pero el viejo la apartó á un lado.

—Déjame, esto no te incumbe..... Es asunto mío.

Y levantando su bastón,

—¡Ah! ¡tú me pegarías, bandido!..... vas á ver cómo te castigo.....

Con mano pronta Buteau le quitó el bastón, que tiró sobre la alacena, y con mirada torva se plantó delante de él.

—¡Qué! ¿creéis que voy á tolerar vuestros fue-ros? ¡Miradme bien para ver cómo me llamo!

Los dos, frente á frente, se callaron un instante, terribles, como queriendo anonadarse con la mirada. El hijo, después de la partición de los bienes, había engruesado; mientras que el padre, azotado por sus sesenta años de trabajo, había adelgazado más todavía, inclinándose más cada día hacia la tierra.

—¿Cómo te llamas?—replicó Fouan;—demasiado lo sé, pues te he engendrado.

Buteau gruñó.

—¿Y por qué lo hicisteis?..... Pero sí, á cada uno le llega su vez. Tengo vuestra sangre, pero no me gusta que se irrite..... ¡Y os digo una vez más que si no me dejáis tranquilo, esto acabará mal!

—Para tí seguramente..... Nunca hablé yo así á mi padre.

—¡Oh! ¡vaya una salidal pero lo hubierais matado si él no se hubiera muerto.

—¡Mientes, canalla!..... Y ¡voto á.....! que vas á desdecirte ahora mismo.

Por segunda vez intentó Francisca interponerse. La misma Elisa hizo un esfuerzo, asustada. Pero los dos hombres las apartaron á empujones para acercarse más.

Fouan quiso crecerse, intentando encontrar su antiguo poder de jefe de familia. Durante medio siglo habían temblado en su presencia la mujer, los hijos, los animales, cuando poseía la fortuna con el poder.

—¡Dí que has mentido, canalla, dí que has mentido, ó te voy á hacer bailar, tan cierto como nos alumbra esa luz!

Y con la mano en alto le amenazaba con el mismo gesto con que otras veces aterraba á todos.

—¡Dí que has mentido!.....!

Buteau, que en su juventud al ver que le iban á pegar se defendía levantando el codo y apretaba los dientes, se contentó con encogerse de hombros con un aire de burla insultante.

—¡Si creéis que me asustáis!..... Eso era bueno cuando vos érais el amo.

—Yo soy el amo, el padre.

—Vamos, viejo impertinente, vos no sois nada!..... ¡Y dejadme en paz!

Y viendo que la mano vacilante del viejo se bajaba para pegar, la cogió al vuelo y la apretó brutalmente.

—¡Cuidado que sois terco! ¡Habrás que incomodarse para meteros en vuestro rincón! ¿Servís para algo? De carga, y nada más. Cuando uno se hace viejo y pasa la tierra á los otros, ya no le queda más que tener paciencia y no estorbar.

Y sacudía á su padre á cada palabra; y después de una última sacudida, le hizo caer vacilante so-

30826

bre una silla, cerca de la ventana. Y allí quedó el viejo, sofocado, vencido, en la humillación de su antigua autoridad muerta. Aquello había terminado, y ya no podía confiar en nada, habiéndose despojado de sus bienes.

Reinó un profundo silencio y todos quedaron temblando. Los niños ni siquiera habían respirado por temor á una bofetada. Después volvió cada cual á su ocupación como si no hubiera pasado nada.

—¿Y la hierba?—preguntó Elisa;—¿es que la vas á dejar en el corral?

—Voy á entrarla—respondió Francisca.

Cuando volvieron y hubieron comido, Buteau, incorregible, le metió la mano en el pecho á la muchacha para coger una pulga que le picaba, decía ella. Esto no le disgustó, y hasta celebró la gracia.

—No, no; está en algún sitio que te mordería.

Fouan no se había movido, silencioso en su obscuro rincón. Por sus mejillas corrían dos gruesas lágrimas. Recordaba la noche en que había rotó con los Delhomme, y ahora le acometía la misma vergüenza por no ser el amo, la misma cólera que le hacía obstinarse en no querer comer. Le habían llamado tres veces y siempre había rehusado su parte de cena. De pronto se levantó y desapareció en su alcoba. Al día siguiente, al amanecer, abandonaba á los Buteau para ir á instalarse en casa de Jesucristo.

## III.

Jesucristo estaba siempre ventoseando, alegrando siempre la casa con aquellas ventosidades. ¡Qué diablo! En su casa no se aburrían, porque nunca dejaba escapar uno de aquellos ruidos sin acompañarlo de una broma. No quería los ruidos vergonzantes, ahogados, tímidos; sus detonaciones eran siempre francas, de una solidez y de una amplitud de cañonazos; y á cada vez, con la pierna levantada, llamaba á su hija, con tono apresurado de mando y con aire severo.

—Trouille, ven aquí, ¡voto á....!

Acudía ella, y estallaba el cañonazo tan vibrante, que la hacía saltar.

—¡Corre de prisa y cógelo con los dientes, á ver si tiene nudos!

Otras veces, cuando ella llegaba, le alargaba la mano.

—¡Tira, tira, hay que rasgar esto!

Y cuando se producía la explosión con el estruendo de una mina muy cargada:

—¡Ah! ¡gracias! ¡qué duro estaba!

Ó haciendo que se echaba á la cara un fusil imaginario, apuntaba con calma, y ya descargada el arma,

—¡Ve á buscarlo y tráelo!

La Trouille reía hasta ahogarse. Aquella era una alegría siempre renovada y cada vez mayor: ella conocía el juego; esperaba hasta el trueno final y se entusiasmaba. ¡Oh! ¡aquel padre era muy gracioso! En tanto hacía como que se diri-